

TEORÍA DEL DISCURSO, CRÍTICA POST-HEGEMÓNICA, Y LA
POLÍTICA DE LAS PASIONES DE CHANTAL MOUFFE¹Yannis Stavrakakis²

Resumen

Uno de los méritos de *Hegemonía y estrategia socialista* de Chantal Mouffe y Ernesto Laclau puede ser claramente asociado a la crítica de la inmediatez, la que constituye uno de los ejes centrales del libro. Por ejemplo, el cambio radical desde la ilusión de inmediatez a un énfasis sobre la mediación discursiva y su papel constitutivo en la formación de la realidad política y social es claramente visible con respecto a la tradición política contra la cual el post-marxismo se define, esto es, la tradición radical en Occidente y su núcleo marxista. En efecto, la deconstrucción de la tradición marxista en *Hegemonía y estrategia socialista* es primeramente la deconstrucción de la pretensión de tener un acceso directo a y un control de la totalidad de lo real y de su desarrollo (escatológico) histórico predecible.³ No es sorprendente, entonces, que la mayoría de las resistencias críticas encontradas por la teoría discursiva han emanado de los defensores de tal inmediatez. La crítica a la teoría del discurso frecuentemente ha tomado la forma de un *retorno* de la inmediatez, de una *venganza* de lo real.

Este retorno puede tomar una variedad de formas; de hecho, como veremos, ha tomado notablemente diferentes formas. En este texto, nos enfocaremos principalmente en los argumentos que rechazan la teoría de la hegemonía y del discurso de Laclau y Mouffe sobre fundamentos biopolíticos; en particular, vamos a abordar críticamente los relevantes trabajos de Richard Day, Scott Lash y Jon Beasley-Murray.⁴ Este conjunto de investigaciones destaca, de una manera u otra, la importancia de los mecanismos de dominación biopolíticos, ‘no hegemónicos’, en los que el poder está, supuestamente, no mediado discursivamente, sino que opera directa y exclusivamente en un real biopolítico afectivo. Sin embargo ¿cuán válida es esta crítica? Sólo un cuidadoso examen puede, en verdad, evaluar su consistencia interna, así como la medida en la que se las ha arreglado para hacer justicia al desarrollo de la teoría discursiva desde 1980 hasta hoy. De hecho, como veremos, las inconsistencias de la crítica post-hegemónica limitan severamente sus implicaciones: en vez de invalidar la teoría discursiva de la hegemonía en conjunto, meramente destacan el aspecto afectivo de la política hegemónica. No obstante ¿no es precisamente este aspecto el que ha estado enfatizando Chantal Mouffe en su trabajo personal después de *Hegemonía y estrategia socialista*? ¿No es esto lo que exactamente está en juego en su ‘política de las pasiones’?

¹ *Parallax*, Vol. 20, Nº 2, 118-135, 2014. Traducción de José Fernando García.

² Aristotle University of Thessaloniki. E.mail: yanstavr@yahoo.co.uk

³ Laclau y Mouffe (1985).

⁴ En esta parte del argumento nos basaremos en las primeras secciones de Stavrakakis (2014).



Durante el último decenio, la crítica a la inmediatez, junto al énfasis en el discurso y la representación, propuestas por la teoría del discurso, se ha convertido en blanco de una crítica persistente. Dicha crítica, que ha tenido también como blanco a la categoría de ‘hegemonía’ en sí misma, defiende la apremiante inmediatez de la biopolítica y la afectividad, muy en boga en la crítica social y en la teoría política recientes. El enorme interés en el trabajo de filósofos clásicos como Spinoza y teóricos contemporáneos como Michel Foucault, Giorgio Agamben, Giles Deleuze y Antonio Negri, lo demuestra ampliamente. Esta orientación ha coincidido a menudo con el rechazo de la hegemonía como una matriz teórica y analítica para comprender la política contemporánea. Lo que está en disputa es, puesto simplemente, la “hegemonía de la hegemonía” (Day 2005).

El trabajo de Richard Day ha sido decisivo en la instalación del escenario para este tipo de argumentación. Day se opone a la ‘política como siempre’, es decir, a limitar la lucha política y el activismo radical a un juego entre hegemonía y contra-hegemonía: “La respuesta obvia (a cómo luchar contra la globalización capitalista) es tratar de establecer una contra-hegemonía, invertir el balance histórico, en lo posible, en favor de los oprimidos (...) Argumentar de este modo, sin embargo, es permanecer dentro de la lógica del neo-liberalismo, aceptar lo que llamo la hegemonía de la hegemonía. Con esto quiero referirme al supuesto que el cambio social efectivo puede solamente ser logrado simultáneamente y *en masa*, a través un completo espacio nacional o internacional.” (Day 2005: 8) La base de esta objeción es predominantemente política y la evidencia que acredita para sostenerla proviene de los nuevos tipos de activismo visibles en lo que llama los ‘Novísimos Movimientos Sociales’. Lo que interesa a Day del activismo radical contemporáneo es que ciertos grupos radicales están saliendo de esta “trampa operando más bien no-hegemónicamente que contra-hegemónicamente. Ellos buscan un cambio radical, pero no mediante la toma o influencia en el poder del estado, desafiando así la lógica de la hegemonía en su mismo centro”. (Day 2005: 8) En la discusión de Day sobre la hegemonía el trabajo de Laclau y Mouffe ocupa una posición central. Aunque empático con ciertos aspectos de su proyecto, Day tiene grandes dificultades para llegar a un acuerdo con la idea, central a la argumentación de Laclau y Mouffe, de que el desafío a un régimen hegemónico presupone la formación de una nueva articulación discursiva a través del enlace de una serie de demandas frustradas en una ‘cadena de equivalencias’, un horizonte de representación que fija parcialmente esos distintos momentos

alrededor de un antagonista ideal, un punto nodal que desafía la hegemonía presente. El problema es precisamente que las cadenas equivalenciales son construidas, los bloques hegemónicos son producidos y la transformación social es alcanzada a través procesos de representación. (Day 2005: 75) La representación implica una política basada en la formulación simbólica de demandas y eso supone nuestra subyugación en una lógica que nunca nos permitirá una ruptura radical con la verdadera refundación social: “una política de demandas en el contexto de la globalización neo-liberal es más bien semejante a perseguir los últimos automóviles, ropas o refrigeradores a la moda. Uno siente una falta que espera llenar, sólo para descubrir que el anhelo de satisfacción se ha incrementado en vez de disminuir” (Day 2005: 83) Day es muy cuidadoso en no exagerar nuestra habilidad para romper este sistema completamente y no está, claramente, pretendiendo que semejante ruptura ha sido ya alcanzada.⁵ “Salir de esta trampa no es de ninguna manera un proceso simple o fácil, aunque algunos sujetos políticos han comenzado a hacerlo – vacilante, parcial, implícitamente.” (Day 2005: 84) “¿Cómo podría ser de otra manera, dado que semejante salida presupone un cambio radical desde las políticas de demanda y de la ética del deseo hacia una política del acto sostenida por una ética de lo real?” (Day 2005: 88-89) La primera “puede cambiar el contenido de las estructuras de dominación y explotación, pero no puede cambiar su forma.” (Day 2005: 88), mientras que la segunda, tal como ha sido conceptualizado parcialmente por Slavoj Žižek y muchas corrientes dentro de la tradición anarquista y post-anarquista, así como dentro el post-estructuralismo y más allá (Deleuze, Agamben, etc.), permitiría una ruptura radical con el pensamiento hegemónico. (Day 2005: 89-90) Esta ruptura hace posible la conceptualización de una efectiva resistencia en referencia a una serie de luchas autónomas, negando su articulación equivalencial en una representación universal contra-hegemónica, priorizando intervenciones materiales en el aquí y ahora e introduciendo una relación de afinidad entre ellas no representacional y no centralizada.

Los albores de la post-hegemonía

Day combate la teorización discursiva/representacional de la hegemonía de Laclau y Mouffe, pero se inhibe de otorgarle un certificado de defunción. Esto ocurrirá un par de años después, con la emergencia dentro de nuestro ámbito teórico de la categoría

⁵ Aunque asociando la lógica del deseo predominantemente con el capitalismo, e ignorando su genealogía pre-capitalista, pinta las oportunidades de dicha ruptura un tanto en colores rosados.

‘post-hegemonía’. De hecho, se puede discernir al menos dos variantes distintas de este argumento en la literatura relevante.⁶ El primer tipo de argumento, presentado por Scott Lash, parte de una cierta contextualización de la hegemonía y concluye que, aunque la hegemonía ha sido, merecidamente, crucial en la comprensión de las luchas políticas y sociales para un particular período, no mantiene la misma posición hoy. (Lash 2007) En contraste a esa contextualización, el segundo tipo de argumento, como es sostenido por Jon Beasley-Murray, plantea un rechazo frontal y total, así como diacrónico a la hegemonía. (Beasley-Murray 2010) Examinemos uno a uno.

En un artículo de 2007 en *Theory, Culture and Society*, Scott Lash argumenta que hemos entrado en una era ‘post-hegemónica.’ (Lash 2007) De modo que lo que tenemos aquí es un rechazo a la relevancia de la teoría del discurso, tal como fuera desarrollada primeramente por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, en una época que, supuestamente, ha entrado en un nuevo período de relaciones de poder:

“Desde el comienzo de los estudios culturales en los 70, ‘hegemonía’ ha sido quizá el concepto soporte en esa entonces emergente disciplina (...) En lo que sigue no quiero argumentar que la hegemonía sea un concepto fallido; de ningún modo discutir contra el concepto de hegemonía (...) Lo que quiero mostrar, en cambio, es que ha sido de gran valor para una época particular, sostener que esa época está ahora llegando a su fin, y sugerir que el poder es ahora, en vez, post-hegemónico.” (Lash 2007: 55) Así es como Scott Lash comienza su obituario de la teoría discursiva de la hegemonía, es decir, de aquellas teorías que se enfocan parcialmente en la dominación mediante el consenso, logrado a través de medios ideológico/discursivos. (Lash 2007: 55) Es, por cierto, un obituario amistoso. Si constituye un rechazo, es respetuoso. En verdad, Lash paga tributo al poder explicativo de la hegemonía y al papel central de Laclau y Mouffe en el paradigma hegemónico que estudia el poder “en gran parte como (...) operando semióticamente a través del discurso.” (Lash 2007: 58-68) De todos modos, la idea central es que, enfocándose en el nivel de la representación, la teoría del discurso ignora un nivel

⁶ Digo ‘al menos’ porque no trataré todos los casos, sino solamente con aquellos que se ocupan en detalle del trabajo de Laclau y Mouffe.

fundacional más importante, el de lo real. Lo real, a diferencia de lo simbólico o lo imaginario, escapa al orden de la representación totalmente. “Nosotros –aquellos que pensamos que el poder es en gran parte post-hegemónico– estamos de acuerdo con Žižek (ver Butler, Laclau, Žižek 2000). Estamos de acuerdo en parte. Pensamos que ambos, dominación y resistencia, en el orden post-hegemónico toman lugar a través de lo real. (...) Lo real (...) es lo indecible. Es ontológico. El poder en el orden post-hegemónico ha llegado a ser ontológico. (...) El poder post-hegemónico y los estudios culturales son menos una cuestión de juicios cognitivos y más una cuestión de ser.” (Lash 2007: 56) Para definir lo real, Lash abandona la jerga lacaniana utilizada inicialmente y se vuelve, primero a Agamben, y después, más extensamente, a la representación y trabajo sobre Spinoza de Hardt y Negri. Como resultado, lo real del poder post-hegemónico tiende a solaparse con la *potentia* de Spinoza: “fuerza, energía, potencia.” (Lash: 2007: 59) La política post-hegemónica gira alrededor de este primordial real neo-vitalista: “la fuerza motriz, el despliegue, el devenir de la cosa misma.” (Lash 2007: 59) Lo que está en juego no es producir consenso o asegurar un consenso, ni siquiera la normalización; ahora “el poder entra en nosotros y nos constituye desde adentro” (Lash 2007: 61), “nos coge en nuestro mismo ser.” (Lash 2007: 75) Estamos, de este modo, firmemente localizados dentro del terreno de la inmanencia (Lash 2007: 66), de una fuerza “virtual, generativa” (Lash 2007: 71) que todo lo abarca. En la misma edición de *Teoría, cultura y sociedad* Nicholas Thoburn refuerza la argumentación de Lash subrayando la problemática de la afectividad como sub-significante o aún pre-significante modo de activación somática, elaborada en referencia al trabajo de Brian Massumi: “El afecto es una experiencia de intensidad –de alegría, miedo, amor, dolor, lástima, orgullo, rabia– que cambia el estado de un cuerpo, que tiene efectos concretos en la práctica individual o social (...) El afecto es una dimensión clave de la experiencia (...) y la que más claramente marca el movimiento de los estudios culturales más allá de la concepción de la cultura como una práctica significativa.” (Thoburn: 2007: 84) Claramente, esta dirección es indicativa de lo que Patricia Clough ha llamado “el giro afectivo”, una reorientación de la teoría crítica hacia “un dinamismo inmanente a la materia corporal.” (Clough 2008: 1)

La post-hegemonía desatada

Solo tres años después del artículo de Lash sobre la post-hegemonía, un extenso tratado sobre el asunto fue publicado por Jon Beasley-Murray. Éste reconoce las

afinidades de su proyecto con el de Lash, enfatizando, al mismo tiempo, una crucial diferencia: “La concepción de la post-hegemonía de Lash es puramente temporal: él argumenta que el poder es hoy post-hegemónico. Mi propósito es una crítica más exhaustiva de la idea de hegemonía.” (Beasley-Murray 2010: XI) La crítica de Beasley-Murray de la hegemonía y el discurso comparte con Day la idea de que la teoría de la hegemonía y el terreno en el cual se basa –estudios culturales y sociedad civil– son políticamente sospechosos porque ellos, en efecto, imitan las estructuras de poder que se proponen entender. (Beasley-Murray 2010: XVI) También comparte con Lash una distinta apreciación de lo real somático de las relaciones de poder: “el poder trabaja directamente sobre los cuerpos.” (Beasley-Murray 2010: XIII) Sin embargo, a pesar de que aventaja a todos sus predecesores proponiendo un distinto y más holístico argumento, Beasley-Murray también resume una defensa de lo real presente en todos ellos: “Laclau fusiona aquí aparatos y discursos, presentando un concepto de discurso extendido que falla en distinguir entre elementos significantes y asignificantes.” (Beasley-Murray 2010: 60) El ataque de Beasley-Murray a la teoría de la hegemonía y al trabajo de Laclau, en particular es total:

“No hay hegemonía ni nunca la ha habido (...) hemos vivido siempre en tiempos post-hegemónicos: el orden social nunca ha sido de hecho asegurado por la ideología. (...) El orden social es asegurado a través el hábito y el afecto. (...) El cambio social también es logrado mediante el hábito y el afecto.” (Beasley-Murray 2010: IX-X)⁷

Ya desde el prefacio del libro está claro que el propósito no es solamente rechazar la teoría de la hegemonía totalmente, sino reemplazarla con algo programáticamente más allá de la representación y el discurso. Esta ‘teoría post-hegemónica está articulada alrededor de tres conceptos centrales: hábito, afecto y multitud. Así, subrayando el papel del hábito, en vez de la opinión, Beasley-Murray esboza un campo más allá del consentimiento y la coerción. Su foco está en el trabajo del *habitus*: “un sentimiento colectivo corporizado por las reglas de juego social que son activadas y reproducidas debajo la conciencia” Enfatizando el afecto, se refiere a un flujo de intensidades

⁷ Es interesante que tanto Lash como Beasley-Murray parecen a veces inconscientes de la importante distinción que hacen Laclau y Mouffe entre ideología y discurso, a través de su trabajo.

impersonales y corporizadas más allá de la racionalidad y el consenso. Concluye la tríada conceptual que sostiene esta teoría de la post-hegemonía reemplazando 'el pueblo' por la multitud. (Beasley-Murray 2010: X) Más importante, estos tres conceptos se refieren a un proceso inmanente localizados más allá de la representación. (Beasley-Murray 2010: XI).

Comprendiblemente, la teoría del discurso es el primer blanco, ya que esta "versión de la teoría de la hegemonía es la más desarrollada e influyente en los estudios culturales." (Beasley-Murray 2010: 15) En tanto que vocabulario dominante en los estudios culturales "en seguida habla de poder en tanto hegemonía y contra-hegemonía, resistencia, transgresión y subversión." (Beasley-Murray 2010: 19) Sin embargo, lo que es de particular interés es que, aparte de criticar aspectos de la teoría del discurso, Beasley-Murray discute en detalle la política populista y, en los hechos, se concentra en el fenómeno del peronismo en Argentina, en un intento de mostrar que, aún en este paradigmático caso que opera como una fuente mayor de inspiración para el trabajo de Laclau (un argentino, él mismo), la teoría de la hegemonía se halla en falta y una aproximación post-hegemonica puede fácilmente triunfar. En la lectura de Beasley-Murray, el principal problema es, una vez más, la confianza de Laclau en la representación: "las apuestas del juego político llegan a ser la legitimidad representacional antes que la satisfacción de las demandas." (Beasley-Murray 2010: 56) Esto es pintado como particularmente problemático, en la medida que señala una indirecta aceptación de las estructuras de poder: Laclau "toma al estado como garantido y nunca interroga a su poder" (Beasley-Murray 2010: 55) A un nivel abstracto, la conclusión es clara, y suena más bien familiar: "Por último, el proyecto de Laclau está socavado por su retrato de la sociedad como una red discursiva que todo lo abarca, el significado de cuyos términos (porque son siempre significativos, representacionales) son dependientes de varias luchas y articulaciones que lo constituyen." (Beasley-Murray 2010: 54) Al nivel del análisis empírico no solamente toma a Laclau muy limitadamente, sino "el análisis de Laclau del peronismo podría dirigir atención renovada a los modos en que el orden social es, de hecho, asegurado por debajo del discurso, y al desafío del manifiesto fracaso del proyecto hegemónico. Necesitamos abordar esta in-articulación del poder, su directa aplicación a los cuerpos a través del hábito y el afecto" (Beasley-Murray 2010: 59) ¿Cómo se supone validar todo este proyecto teórico-político? Con todo, su énfasis en lo

real puede ser solamente tratado como discurso, como representaciones y argumentos a ser interpretados, deconstruidos y estimados.⁸

En el caso de Day, esto es relativamente fácil, ya que evita las pretensiones maximalistas presentes en Lash y Beasley-Murray. Su discurso, cuidadosamente construido, argumenta siempre desde los márgenes, desde un punto de vista minoritario. (Day 2005: 203-206) En la medida en que su crítica de la teoría de la hegemonía está fundada empíricamente, podrá ser juzgada ante todo sobre la base de su validez heurística. Day está, en efecto, en lo correcto cuando llama nuestra atención sobre el eje horizontal de la actividad social y política presente en los ‘Novísimos Movimientos Sociales’, un tipo de actividad no discutida adecuadamente en los enfoques hegemónicos.⁹ No obstante, mi principal objeción sería que, en la mayoría de los casos, una multitud de luchas autónomas han llegado a ser históricamente efectivas solamente cuando son articuladas dentro de un horizonte de representación común contra-hegemónico. Esto es lo que ocurrió con el movimiento *Aganaktismenoi*, e igualmente con la experiencia argentina después de la crisis del 2001. Así, en vez de erigir una muralla entre el horizontalismo y los procesos hegemónicos ¿no sería más productivo estudiar su irreductible interpenetración, así como las oportunidades y desafíos que crea? En su relevante análisis de los Indignados de España y del *Aganaktismenoi*, Prentoulis y Thomassen, convincentemente sostienen la hipótesis que, contrariamente a sus objetivos retóricos, esos movimientos no han podido evitar las “tensiones entre horizontalidad y verticalidad, entre autonomía y hegemonía, o entre ir más allá o aceptar las estructuras representativas.” (Prentoulis y Thomassen 2012: 2) De hecho, concluyen destacando dos áreas de particular tensión, una relacionada a la cuestión de la representación política, y la otra a la práctica de la autonomía y horizontalidad dentro de los dos movimientos. En el primer caso, aún para aquellos que argumentan contra la representación como tal, ésta aparece si no deseable, al menos inevitable. El asunto, entonces, se convierte en cómo instituir mejores formas de representación, antes que deshacerse de ella. En el segundo caso, el espacio del movimiento dentro del cual las voces iguales de los manifestantes pueden ser oídas es, el mismo, un espacio representacional (definido por la relación entre

⁸ Adicionalmente, la articulación de esos argumentos implica un proyecto hegemónico a pequeña escala que apunta a asegurar el consentimiento de eventuales lectores. Cómo esto puede ser consistente con el contenido post-hegemónico de los argumentos en sí mismos es algo que permanece obscuro.

⁹ He destacado el valor de algunos de esos ‘experimentos’. Ver, por ejemplo, Stavrakakis 2007: 281.

asambleas y grupos, normas de conducta, etc.) (Prentolious y Thomassen 2012: 12) Lo que tenemos en estos casos es la sublimación gradual de la multitud emergente en ‘un pueblo’, predominantemente representado por uno u otro partido populista (de izquierda): SYRIZA en la situación griega contemporánea, los peronistas kirchnerianos en Argentina. Aquí Chantal Mouffe puede ser de gran ayuda para ayudarnos a teorizar ambos ángulos (la inevitabilidad de la representación y la dialéctica irreductible entre horizontalidad y verticalidad) de un modo más reflexivo. En primer lugar, ella explica persuasivamente por qué la representación permanece constitutiva. Las identidades no están nunca dadas de antemano, sino que siempre resultan de procesos de construcción discursiva que inevitablemente toman lugar en el terreno de la representación. “Es a través de la representación que los sujetos políticos colectivos son creados, no existen antes. Toda afirmación de una identidad política es, de este modo, interior, no exterior al proceso de representación.” (Mouffe 2013: 125) Segundo, cuando ella comenta la idealización de las experiencias ‘horizontales’ en América Latina como el modelo a seguir, apunta a la irreductible dialéctica entre horizontalidad y verticalidad: aquel espontaneísmo y horizontalismo romántico “parece no darse cuenta que los avances democráticos que han tomado lugar allí (...) han sido posibles gracias a una articulación que combina luchas extra-parlamentarias y parlamentarias.” (Mouffe 2013: 126-127) La única manera de evitar reconocer esta dialéctica es enfocarse exclusivamente en el primer paso de la coreografía implicada (la emergencia multitudinaria de demandas y actividades heterogéneas) y cerrar los ojos para el segundo (su inscripción dentro de un campo de representación populista con apelación hegemónica). Esta es, por ejemplo, la movida de Ardití en un artículo titulado ‘Post-hegemonía’. Así, cuando Ardití documenta en detalle cómo las ‘Asambleas de Barrio’, grupos de piqueteros, las tomas de fábricas, el aglutinamiento de los desempleados y las clases medias en 2001, en el contexto de la crisis argentina, puede presentarlas como ‘la multitud en acción’ sólo evitando toda referencia en absoluto a su (parcial) subsecuente hegemonización por los Kirchner. (Ardití 2007: 212) De hecho, curiosamente, el nombre ‘Kirchner’ no es siquiera mencionado en su artículo. Sólo la primera parte de la historia es contada, la cual, dado lo que siguió, podría ser legítimamente presentada como una etapa ‘pre-populista’ o ‘pre-hegemonía’. Aquí la exposición de Mouffe en *Agonistics* es absolutamente relevante, aunque no dirigida contra el argumento de Day: “El caso de Argentina es particularmente interesante para mi argumento. En la literatura del *exodus* es común encontrar una celebración de los piqueteros, del movimiento de los empobrecidos, principalmente

trabajadores desempleados, quienes al final de los 90 comenzaron a organizar bloqueos de caminos para protestar en contra las políticas neo-liberales del presidente Carlos Menem (...) Teóricos *post-operaist* ven en los piqueteros un ejemplo paradigmático de la expresión política de la Multitud y presentan su rechazo a colaborar con los partidos políticos como un modelo de la estrategia de deserción. Pero no parecen darse cuenta que el movimiento de los piqueteros muestra precisamente los límites de semejante estrategia. Seguro, jugaron un papel en la caída de un presidente (de la Rúa), pero cuando llegó el momento de ofrecer una alternativa, su rechazo a participar en las elecciones los hizo incapaces de influenciar el curso futuro de los acontecimientos. Si no hubiera sido por el hecho que Néstor Kirchner ganó las elecciones y comenzó a implementar medidas progresistas para restaurar la economía argentina y mejorar las condiciones de los pobres, el resultado de las protestas populares habrían sido completamente diferentes.” (Mouffe 2013: 76) Esto no quiere decir, por supuesto, que todas que esas luchas están destinadas, pronto o tarde, a adquirir una forma hegemónica: usualmente, sin embargo, cuando esto no ocurre –como es el caso del Movimiento Ocupa en Estados Unidos– se pone límites a las perspectivas del movimiento en cuestión.

Mouffe deja claro que su crítica al horizontalismo no implica, por cierto, que esas prácticas sean inútiles. Ella expresa su convicción de que una variedad de luchas extra-parlamentarias y las múltiples formas que ellas puedan adquirir son valiosas para el enriquecimiento de la democracia: “No solamente pueden levantar importantes cuestiones y poner en primer plano asuntos que han sido ignorados, pueden conducir también a la emergencia de nuevas subjetividades y suministrar un terreno para el cultivo de diferentes relaciones sociales.” (Mouffe 2013: 126) Sin embargo, esas prácticas no pueden proporcionar un sustituto de las instituciones representativas. Mouffe destaca la necesidad de sinergias y acciones comunes en la dirección de una contra ofensiva conjunta contra las políticas neo-liberales. Teniendo en cuenta nuestro análisis hasta el momento, es razonable concluir que cuando eso falla, esto es, “cuando los movimientos de protesta rechazan establecer alianzas con los canales tradicionales, que consideran como intrínsecamente insensibles a las transformaciones democráticas, su potencial radical se debilita drásticamente.” (Mouffe 2013: 127) Por supuesto, Day también presenta un conjunto de argumentos teóricos, pero como la mayoría de ellos son también

compartidos por Lash y Beasley-Murray, podemos ahora volver a sus propias teorizaciones y abordarlos juntas.

Irónicamente, algunos aspectos de esta más reciente y muy elaborada forma de rechazar la teoría del discurso y su conceptualización de la hegemonía delatan un razonamiento más bien sobre-simplificado y tiene que ser criticado en consecuencia. Para empezar, el esquema de Lash parece descansar en una periodización que pone dos períodos distintos –uno en el cual la mediación discursiva es constitutiva de las relaciones de poder y otra en que el foco es la biopolítica real y post-hegemónica– y el pasaje unilineal de la primera a la segunda. Al menos dos problemas mayores surgen aquí:

1. Primero, la estructura de esta narrativa es cuasi-escatológica. El pasaje de Lash desde la hegemonía a la post-hegemonía sólo puede ser descrito como una nueva filosofía de la historia, la que progresa en la dirección de un levantamiento de la mediación simbólica y un concomitante incremento de la inmediatez. Quizá no es mera coincidencia que *Homo Sacer* de Giorgio Agamben repose en una filosofía de la historia similar, viendo el paradigma biopolítico como una corriente irreversible que acompaña más y más aspectos de la vida social y política.

2. Segundo, y más importante, los argumentos de Day, Lash y Thoburn presuponen un conjunto de dicotomías que han sido ampliamente conceptualizadas en tanto binarias, excluyentes y oposicionales: dentro/fuera, antes/después, hegemonía/post-hegemonía, representación/real, sentido/ser, horizontal/vertical, discurso/afecto. Obviamente, necesitamos ser, a la vez, muy escépticos de esta estrategia que introduce semejantes dualismos jerárquicos –la mayoría de ellos ya deconstruidos en los medios derrideanos y lacanianos–, como de las implicaciones conceptuales y analíticas de la mayoría de ellos. Mi punto de vista es que Day, Lash y Thoburn fracasan en entender que dimensiones que pueden –y deben– ser conceptualmente distinguidas tienen la posibilidad, simultáneamente, de funcionar en una dialéctica histórica de mutuo compromiso y co-constitución. Por ejemplo, podemos, por supuesto, distinguir entre el aspecto instintivo y representacional/social de la pulsión en psicoanálisis; sin embargo,

ésta no puede estar concretamente constituida sin ambas dimensiones: lo simbólico y lo real. Dicha co-constitución desestabiliza radicalmente su binarismo. Por ejemplo, dado que el cuerpo es el sitio de una continua dialéctica entre lo simbólico y lo real –hay un cuerpo real y un cuerpo marcado por significantes–, es difícil ver cómo se puede asignar al cuerpo sólo el lado real de la ecuación. En efecto, investigaciones recientes en el campo de la teoría del discurso y el psicoanálisis han demostrado ampliamente que las identificaciones prominentes y a largo plazo (nacionalismo, populismo) requieren a la vez articulaciones simbólicas exitosas y su investidura afectiva y libidinal, la movilización del goce. Implican lo que Chantal Mouffe ha conceptualizado repetidamente como política de las pasiones: “el crucial papel jugado en política por lo que he llamado ‘pasiones’: la dimensión afectiva que es movilizada en la creación de las identidades políticas.” (Mouffe 2013: 137) Como resultado, el asunto es no aislar radicalmente las épocas de hegemonía y post-hegemonía, presentar discurso y afecto, simbólico y real, como dimensiones mutuamente excluyentes; es explorar, en cada coyuntura histórica, los caminos múltiples y diferentes en los que éstos interactúan y co-constituyen sujetos, objetos y órdenes socio-políticos. En todo caso, lo menos que uno tiene que reconocer desde el punto de vista post-hegemónico –y aquí Arditi es lo suficientemente audaz para aceptar esta conclusión– es que “sería miope e ideológico, en el sentido peyorativo–proponer que hay ya sea hegemonía o *exodus*, multitud y desobediencia civil radical.” (Arditi 2007: 221) El fracaso en reconocer la interpenetración constitutiva entre hegemonía y la así llamada post-hegemonía, lo simbólico y lo real, representación y su más allá, es también evidente y adquiere su más profunda ejemplificación en los argumentos de Beasley-Murray. Por tanto, no es coincidencia que esta particular crítica a la teoría del discurso sea conducida a las inconsistencias más bizarras, algo puesto de manifiesto aún por comentaristas sin relación con la Escuela de Essex: “la ferocidad polémica de muchos de los textos parece afectar el argumento y conducir a varias distorsiones de la historia y la teoría. Todo esto puede ser visto en su forma más exagerada en el primer capítulo, donde el gesto inaugural de rechazar la hegemonía necesita a la vez de artimañas y de violencia conceptual, que sugieren una ansiedad escasa de convencimiento.” (Derbyshire 2011) En realidad, ya desde el comienzo, uno encuentra momentos discursivos que desestabilizan internamente el argumento. Así, mientras la tesis central de Beasley-Murray es denunciar la teoría de la hegemonía como una forma de racionalismo, como anti-política, en favor de una teoría no representacional de la post-hegemonía, en la cual, “las instituciones del estado emergen desde procesos immanentes

y aseguran su legitimidad muy por debajo de la conciencia, sin necesidad de palabras” (Beasley-Murray 2010: 67), con todo, de algún modo, “se produce la ilusión de trascendencia y soberanía” (Beasley-Murray 2010: IX). La inmanencia reina y aún la trascendencia de alguna manera re-emerge; la representación es rechazada y aún ronda dicho esquema, el poder no necesita de palabras y todavía es sólo a través de palabras y de discurso que deviene efectivo. Pero ¿cómo esto es posible? Habiéndose comprometido con un fundamentalismo biopolítico, con un binarismo aún más radical que el presente en las primeras variantes de la teoría de la post-hegemonía, Beasley-Murray permanece incapaz de proporcionar un vínculo razonable. Su posición oscila entre la paradoja y la contradicción performativa. Nótese, por ejemplo, cómo su elección del populismo como un ejemplo apropiado termina en un fracaso total. Inequívocamente impugnando el esquema de Laclau, Beasley-Murray destaca: “El peronismo (como) un primer ejemplo de inculcación institucional del hábito.” (Beasley-Murray 2010: 25) Un proceso que, fiel a sus principios, entiende como un proceso más allá de la representación: el movimiento peronista implica así “una comunidad orgánica organizada que provoca un afecto que puede efectuarse sin la ideología o el discurso.” (Beasley 2010: 30) ¿Cuál es la base para la formulación de este argumento? Sorprendentemente, la evidencia que lo sostiene viene del campo de la representación misma, de los discursos de Perón, esto es, de meras palabras: “Como el verdadero patriotismo es un ‘tipo de amor’, de acuerdo a Perón, “o sientes o no” (...). Así, no habrá necesidad de discursos, símbolos o ceremonias.” Este afecto, entonces, induce los hábitos peronistas: “Cuando esta comunidad está en peligro, no habrá nadie que no sienta la inclinación y la necesidad de defenderlo contra sus enemigos externos o internos.” (Beasley-Murray 2010: 30) ¡Es difícil, en verdad, encontrar ejemplos similares de semejante asombrosa, irreflexiva ingenuidad! Como si cobrara conciencia de los problemas que encuentra su argumento, Beasley-Murray gradualmente se desliza en una indirecta aceptación de lo que inicialmente había excluido. De una nunca existente hegemonía, pausadamente pasamos al reconocimiento de una constitutiva pero jerárquica dualidad. Ahora, el problema con el populismo se convierte en que simplifica el doble registro a través del cual lo social se cohesionaba. Hace esto oscureciendo los mecanismos a través de los cuales la trascendencia es producida desde la inmanencia, la emoción subjetiva desde el afecto impersonal, el discurso significativo desde el hábito a-significante, el pueblo desde la multitud, y el poder constitutivo desde el poder constituyente, por ser uno de esos mecanismos. (...) “El orden social tiene que ser desarticulado para revelar, a la vez, su envés mudo y el proceso mediante el cual ha

sido ventrilocalizado, hecho hablar, pero en otra voz.” (Beasley-Murray 2010: 63) Así es como Beasley-Murray es forzado a moverse desde uno hasta dos, solamente para calificar este movimiento, pintando la dualidad emergente en palabras reminiscentes del marxismo más vulgar, aquel de la ‘falsa consciencia’ y de la metáfora base/superestructura. ¡Al menos Lash podría ser solamente acusado de etapismo!

La inmanencia, el afecto y el hábito a-significantes son priorizados como la auténtica base, mientras la trascendencia, el discurso y la representación emergen como la inauténtica, pero –por alguna razón inexplicada– sustituta potente, siempre presente. Finalmente, pero no menor, habiendo recién estigmatizado el ventrilocoquismo de la representación hegemónica, Beasley-Murray es irónicamente conducido a aceptar el igual valor del discurso y el afecto, hablando en la voz de otro (Kraniauska): “Asido por el sentido y asido por el amor: este es el doble registro populista.” (Beasley-Murray 2010: 64)¹⁰ Hacia el final, su única opción es una suerte de ‘nueva lengua’ orweliana, de acuerdo a la cual lo simbólico “no quiere decir representacional o ‘meramente’ simbólico (Beasley-Murray 2010: 191-192), y las creencias se convierten exclusivamente en “un asunto del cuerpo.” (Beasley-Murray 2010: 196) Después de referirse momentáneamente a Žižek –cuyos argumentos recoge en su esfuerzo de reconceptualizar la ideología como “inmanente y afectiva” (Beasley-Murray 2010: 177)–, se vuelve hacia el *habitus* de Bourdieu como “un sentido común encarnado” que produce los efectos que la gente usualmente atribuye a la ideología, al discurso y a la representación. (Beasley-Murray 2010: 177) Esto no es solamente distorsionar la posición de Žižek sobre la inmanencia y la trascendencia; es también mucho más que simplemente “leer a Bourdieu un tanto a contrapelo” (Beasley-Murray 2010: 178) Si, para Beasley-Murray la política del hábito “trabaja debajo del discurso y la representación” (Beasley-Murray 2010: 180), es claro que Bourdieu se resiste a tomar partido en contra la representación; en vez de eso, parece estar apasionadamente en favor de subrayar la relación dialéctica entre objetivismo y representación, en un intento de “trascender la oposición artificial que tiende a ser establecida entre estructuras y representaciones.” (Bourdieu 1990: 134) Si nos volvemos al otro gran sociólogo del *habitus*, Norbert Elias, encontramos, una vez más, una

¹⁰ Así es cómo Beasley-Murray resume una larga cita de Kraniauskas, donde aparecen ambos términos de este doble registro.

dialéctica similar. Claramente, uno de los propósitos de Elias es estudiar el complejo mecanismo a través del cual las sociedades regulan la economía afectiva de sus miembros, el que implica la creación de automatismos subjetivos y reflejos subconscientes, mediante la internalización de ciertos códigos valorados, maneras y reglas de conducta, y el desarrollo de un registro superyoico que impone auto-restricciones. (Elias 2000) Sin embargo, esa regulación de los cuerpos –a través, por ejemplo, de las maneras de mesa– puede establecerse como una ‘segunda naturaleza’ muda solamente en cuanto llega a estar asociada con una representación dominante acerca de lo que es considerado ‘civilizado’ o no, es decir, con una valorización social hegemónica y –como lo sabemos de Saussure, el valor presupone la diferencia– estamos así firmemente localizados en el campo simbólico/semiótico. Es también de extrema importancia que, en la medida que la internalización subjetiva de las maneras toma lugar a través la socialización, el discurso tiene que ser reconocido como su terreno privilegiado. En efecto, en su magnífico *El proceso civilizatorio*, Elias dedica gran energía a presentar y analizar todo un género literario de conductas que influenció en gran medida el desarrollo de las maneras civilizadas en Europa. Finalmente, pero igualmente importante, en oposición al desdén de Beasley-Murray por la representación, el lenguaje y el discurso, ambos, Bourdieu y Elias, han dedicado importantes trabajos a investigar cuidadosamente esos ámbitos. (Bourdieu 1991; Elias 1991)

Compromisos Mutuos: ¿hegemonías discursivas/afectivas? La orientación de Bourdieu y de Elias antes mencionada muestra el camino a seguir en la medida en que se trata del más allá de las oposiciones entre hegemonía y post-hegemonía, simbólico y real, y representación discursiva. Como he tratado de mostrar, este foco en la interpenetración y mutuo compromiso es exactamente lo que falta en la argumentación de Day, Lash y Beasley-Murray. De hecho, es sorprendente que ellos fallen en tomar en cuenta el modo en que esta interpenetración es registrada en el trabajo de sus supuestos antecesores y compañeros de viaje. Tomemos, por ejemplo, el trabajo Nigel Thrift, uno de los principales defensores de la teoría no representacional. El empirismo radical de Thrift comparte mucho con las teorías post-hegemónicas analizadas en este texto, ya que su teoría no representacional se concentra en las prácticas, entendidas como “cuerpos materiales de trabajo o modos que han adquirido suficiente estabilidad en el tiempo”, como resultado de “la escolarización en esas prácticas, de cada actor sosteniendo a los

demás en ellas, y del hecho ‘natural’ bruto que el valor por defecto es continuar en la mayoría de las situaciones.” (Thrift 2008: 5) La teoría no-representacional enfatiza la materialidad de los cuerpos y cosas, la importancia de los afectos y las sensaciones. Y, sin embargo, Thrift es muy cuidadoso de no anular la representación. Una jugada como esa supondría una peligrosa degeneración ‘desde la intención a la automación’, también implícita en el desarrollo capitalista: “Cualquiera sea el caso, quisiera mantener una cornisa humanista en el acantilado mecánico (...) ¿La razón? Porque cómo las cosas parecen es a menudo más importante que cómo son” (Thrift 2008: 13) El impresionante análisis de Maurizio Lazzarato sobre la economía de deuda sigue un curso similar. Lazzarato es perspicaz en subrayar que la economía de deuda implica un “nivel molecular y pre-individual”: un nivel mecánico que funciona más allá de la subjetividad y la representación. (Lazzarato 2012: 147) Su postura no puede ser explicada meramente a un nivel ‘discursivo’, ideológico, ‘moral’. (Lazzarato 2012: 147) Al mismo tiempo, sin embargo, la deuda/dinero también funciona a través de la confianza, la moralidad, la representación: “creando un objeto de identificación”, contribuye poderosamente a la constitución subjetiva. Y aunque para Lazzarato “el concepto gramsciano de hegemonía (la hegemonía de capital financiero) parece menos relevante aquí que la ‘governabilidad’ de Foucault” (Lazzarato 2012: 107), su conclusión final es reconocer una ‘doble sujeción’ a la subjetividad. (Lazzarato 2012: 149) Aprovechando la referencia de Lazzarato a Foucault, es también revelador notar que el lugar de Foucault in Beasley-Murray, como en los argumentos de Lash, es marginal. ¿Porqué, dado que él es la figura fundamental en la presentación del argumento biopolítico? ¿No es acaso porque, aún en sus últimos trabajos, cuando la prioridad genealógica reemplazó su primer foco arqueológico en el discurso, éste continúa siendo el plano en el cual el poder y el conocimiento toman contacto, formando a los sujetos y la paralaje que modela prácticas y relaciones? El siguiente pasaje del primer volumen de la *Historia de la Sexualidad* es indicativo en este respecto y merece ser citado en extensión: “Lo que se dice acerca del sexo no debe ser analizado simplemente como la superficie de proyección de esos mecanismos de poder. En realidad, es en el discurso que el poder y el conocimiento están juntos (...) El discurso no es inmediatamente y, en todo, sirviente del poder u orientado contra él, más que el silencio. Debemos tener en cuenta el complejo e inestable proceso por el cual el discurso puede ser tanto un instrumento como un efecto del poder, pero también un obstáculo, un tropiezo, un punto de resistencia y un punto de partida para una estrategia de oposición. El discurso transmite y produce poder, lo refuerza, pero también lo mina y expone,

haciéndolo frágil y posible de frustrar.” (Foucault 1978: 100-101) De hecho, en el mismo volumen, donde Foucault presenta con esa claridad programática su argumento acerca la biopolítica y el biopoder, el discurso y ‘la incitación al discurso’ constituye el punto nodal, siendo su principal foco ‘una verdadera explosión discursiva’ sobre el sexo: (Foucault 1978: 17) “Desde el siglo XVIII, el sexo no ha cesado de provocar una suerte de eretismo discursivo. Y esos discursos sobre el sexo no se multiplican aparte o contra el poder, sino en el mismo espacio y como medios de su ejercicio.” (Foucault 1978: 32) Y como si esto no fuera suficientemente grave para los tipos de argumentos presentados por Lash y Beasley-Murray, Foucault es también conducido a reconocer el papel de cuerpo en la hegemonía (burguesa), una categoría repetidamente utilizada en la *Historia de la Sexualidad*. (Foucault 1978: 125-127, 141) Day, Lash y Beasley_Murray no solamente son incapaces de registrar la constitutiva interpenetración entre representación y afecto, lo simbólico y lo real, hegemonía discursiva y biopolítica, precisamente lo que el trabajo de Foucault, Elias, Bourdieu, Thrift y Lazzarato parecen permitir y fomentar. Adhiriéndose a una caricatura de la teoría de la hegemonía de Mouffe y Laclau, ellos también han fallado en prestar atención a los desarrollos en el terreno de la teoría del discurso, que han estado siguiendo la misma dirección. Y aquí no puede haber una excusa cualquiera, puesto que esos desarrollos han cristalizado largamente antes que sus argumentos hubieran sido formulados. En resumen, no han hecho sus tareas correctamente. En un texto complementario a este me he enfocado exclusivamente en la trayectoria teórica de Laclau (Stavrakis 2014)¹¹ Por ejemplo, cómo pudieron haber ignorado el largo diálogo con la teoría psicoanalítica acerca de la posición del afecto, el goce y lo real? En efecto, muy pronto después de la publicación de *Hegemonía y Estrategia*, los intercambios con Žižek comenzarán un curso extremadamente productivo de registro de los (real) límites del discurso. Ciertamente es que este registro está inicialmente enfocado en las modalidades negativas del real lacaniano: lo real como antagonismo, dislocación y heterogeneidad. (Biglieri y Perello 2011) Sin embargo, esto está lejos del fin de la historia. Más importante: ya desde 2003, Laclau procederá a dar un paso adelante ocupándose seriamente de la problemática de la efectividad y el goce, es decir, con los

¹¹ Hay substancial superposición entre la primera parte y algunas de las observaciones finales de ese texto y el presente. Sin embargo, mientras la segunda parte del primero se enfoca en el trabajo de Laclau desde el 2000 en adelante, éste se enfoca en las contribuciones relevantes de Mouffe.

modos más afirmativos de lo real lacaniano. (Glynos y Stavrakakis 2003a; Laclau 2003; Laclau 2004)

Y si esta ha sido, muy brevemente, la situación con la obra de Laclau, el caso de Mouffe es todavía más crucial y revelador de la amplitud en que ella ha estado destacando la dimensión de la afectividad y las pasiones todo el tiempo, al menos desde el comienzo de los 90.

En las páginas que restan de este texto, me gustaría enfatizar los avances de Mouffe en esta área; solamente ignorando la totalidad de ese trabajo, los argumentos post-hegemónicos han podido pretender alguna consistencia. En *El retorno de lo político*, publicado en 1993, la categoría ‘pasión’ es mencionada tres veces y su introducción está relacionada al interés de Mouffe en Carl Schmitt. Como es bien conocido, la posición de Mouffe frente a Schmitt es una re-apropiación reflexiva, crítica; aunque ella rechaza las soluciones que éste ofrece como inaceptables, encuentra mérito en su crítica a la negación liberal de lo político. (Mouffe 1993: 115) Ahora, curiosamente, mucho de este mérito es debido a su reconocimiento de “el crucial lugar de las pasiones y afectos en la política”, más allá de las ilusiones racionalistas: “La política no puede ser reducida a racionalidad, precisamente porque ella indica los límites de la racionalidad.” (Mouffe 1993: 140) Así, ya en esta temprana etapa, solamente algunos años después de la publicación de *Hegemonía y estrategia socialista*, Mouffe insiste en “el papel predominante de las pasiones como las fuerzas que mueven la conducta humana”. (Mouffe 1993: 140) La crítica de la borradura, de la represión de la afectividad y de las pasiones en el pensamiento liberal democrático (especialmente en Rawls) reemerge en *La paradoja democrática*, publicada en 2000. (Mouffe 2000. 30) Señala también ahí la necesidad de su sublimación agonística, una transformación capaz de canalizarlas hacia prioridades democráticas: “la primera tarea de la democracia política no es eliminar las pasiones de la esfera pública, a fin de hacer un consenso racional posible, sino movilizar esas pasiones hacia proyectos democráticos.” (Mouffe 2000: 103, 104, 127) En efecto, tan central la problemática de las pasiones (colectivas, políticas) ha llegado a ser crecientemente en la trayectoria de Mouffe, que dedicó su lectura inaugural en la Universidad de Westminster en mayo de 2002 a este tema en particular: *Política y pasiones*. (Mouffe 2002)

Habiéndose vuelto hacia el psicoanálisis, a la teoría lacaniana en particular, a fin de localizar una base ética viable para el pluralismo agonístico, era cuestión de tiempo que Mouffe comprendiera su importancia para captar la dialéctica entre discurso y afectividad. (Mouffe 2000: 136-140) En los trabajos subsecuentes de Mouffe, primero en *Sobre lo político*, y más recientemente en *Agonística*, no solamente permanece central el foco en el papel de los afectos y las pasiones, sino que además está fundamentado en un completo compromiso con los procesos de identificación del análisis psicoanalítico. (Mouffe 2005: 6, 24; Mouffe 2013: 6, 8, 9) En *Sobre lo político*, por ejemplo, incluye una sección titulada “Freud y la identificación” en la cual la dinámica libidinal de Freud y la teorización lacaniana del goce son utilizados para explicar la dimensión afectiva de las identificaciones colectivas, una dimensión que ninguna teoría de la política democrática contemporánea puede ignorar y que la teoría discursiva de la hegemonía acepta completamente. (Mouffe 2005: 26-29) *Agonística* ejemplifica y consolida esta dirección: “Para captar lo que está en juego en un proceso de identificación, es absolutamente necesario tomar en cuenta las intuiciones suministradas por el psicoanálisis. Freud, por ejemplo, hizo presente el papel crucial jugado por los lazos afectivos libidinales en los procesos de identificación colectivos. Una identidad colectiva, un ‘nosotros’ es el resultado de una investidura afectiva que crea una fuerte identificación entre los miembros de una comunidad. (Mouffe 2013: 47)

Todo esto significa que bien antes que las objeciones de Day, Lash y Beasley-Murray fueran planteadas, Mouffe las había tomado en cuenta, a través de otras fuentes, incluyendo a Schmitt y el psicoanálisis. Sin embargo, esto nunca fue registrado en la literatura post-hegemónica. Sorprendentemente, Ardit y Lash no citan una sola obra de Mouffe en sus trabajos sobre post-hegemonía; Beasley-Murray sólo se refiere a su temprano trabajo de edición *Gramsci y la teoría marxista*. (Mouffe 1979) En cuanto a Day, cita *El retorno de lo político* (1993) sin, no obstante, poner atención al tema de la afectividad. Más importante, cuando se decide a discutir los recientes desarrollos de la hegemonía en la teoría del discurso, no se le ocurre ni siquiera recurrir a los trabajos de Mouffe. En vez de eso, se concentra en las contribuciones de Laclau al diálogo con Butler y Žižek, publicado bajo el título de *Contingencia, hegemonía y universalidad*, justificando esta elección con una nota al capítulo 3. (Butler, Laclau, Žižek 2000)

Veo a Laclau y a Mouffe habiendo seguido diferentes, pero no incompatibles trayectorias desde *Hegemonía y estrategia socialista*. Así, yo diría que mi lectura es una presentación actualizada del estado de la teoría de la hegemonía de ‘ellos’, que evita los problemas asociados a las críticas de un texto de casi veinte años, como si hubiera sido escrito hoy. (Day 2005: 221) ¡Qué conveniente elección! En verdad, permanece siendo un misterio porqué los teóricos de la post-hegemonía han fracasado en comprometerse con este importante giro, que significa que la tardía teoría de Mouffe (como de Laclau), además de ser una teoría discursiva de la hegemonía, es también –y crecientemente– una teoría afectiva de la hegemonía. Esto es una lástima porque, en efecto, lo que queda de los argumentos post-hegemónicos, si uno excluye todas las auto contradicciones e inconsistencias que he tratado de realzar, es también una teoría afectiva de la hegemonía.

Gordillo directamente corrobora esta conclusión en referencia al trabajo de Beasley-Murray, diciendo que nunca cuestiona que el peronismo haya sido hegemónico en Argentina en los últimos sesenta años, o que en los 40 Perón y Evita resonaban con la multitud de modo no visto antes en ese país. Lo que cuestiona son los intentos de explicar la hegemonía a través de conceptos trascendentales racionales (ideología, representación, consciencia) que pierden su poder afectivo: el hecho de millones de personas identificadas con Perón y Evita en un cuerpo, a menudo difícil de articular, a nivel afectivo. Por esto lo que Beasley-Murray propone es una teoría afectiva de la hegemonía. (Gordillo 2011) Dado, sin embargo, el compromiso directo de Mouffe con la formulación de semejante teoría ya desde los comienzos de los 90, este encuentro perdido adquiere un aura bastante espectacular.

Conclusión

Como hemos visto, criticando radicalmente las ilusiones de la inmediatez (teórica y política), la teoría discursiva de la hegemonía articulada por Chantal Mouffe y Ernesto Laclau, rápidamente se transformó en el blanco de una larga lista de vengadores de lo real. Este debate se ha concentrado eventualmente en la posición de la categoría de ‘hegemonía’ misma y en su dependencia del discurso y la representación. Richard Day

ha primero desafiado la hegemonía de la hegemonía, después Lash y Beasley-Murray plantean su proyecto teórico-político de la post-hegemonía en sus dos principales variantes. Una presentación y deconstrucción de esos proyectos nos ha ayudado a evaluar sus fortalezas y debilidades. Mientras que políticamente enfatizan ciertos aspectos de la actividad, sólo marginalmente examinan las teorías discursivas de la hegemonía – especialmente en sus formulaciones iniciales– fallando en explicar el vínculo irreductible entre esas prácticas horizontales y la hegemonía política, visible en muchos ejemplos contemporáneos; vínculos que pueden ser esenciales en sus futuros impactos. Pasando al nivel teórico, las teorías post-hegemónicas discutidas en este texto también fracasan en registrar la voluntad genuina y sostenida de tomar en cuenta la dialéctica constitutiva entre discurso/representación y el ámbito de la afectividad y las pasiones; lejos de invalidar la teoría de la hegemonía, el registro de esta dialéctica realza su profundidad y alcance. De algún modo, esto es ignorado por la mayoría de los críticos post-hegemónicos, quiénes guiados por un deseo unilateral de intermediación, por una ‘pasión por lo real’ en su pureza inmediata, son conducidos a menudo a una verdadera represión de la representación y el discurso, precisamente lo que muchos de sus inspiradores y compañeros intelectuales han sabiamente tratado de evitar. Inevitablemente, como resultado, el proyecto post-hegemónico es llevado a inconsistencias irremontables. Si hay una contribución positiva ahí, no tiene nada que ver con el fin de la hegemonía. Más bien, tiene que ver con enfatizar su lado afectivo, algo ya subrayado por Mouffe misma, largamente antes de la articulación de esas críticas. Es una lástima que su trabajo personal haya sido ignorado en la literatura post-hegemónica; no obstante, uno espera que nunca sea demasiado tarde.

Referencias bibliográficas

Agamben Giorgio (1998), *Homo Sacer*, Stanford, Stanford University Press.

Ardity Benjamin (2007), “Post-hegemony: Politics Outside the Usual Post-Marxism Paradigm”, *Contemporary Politics*, 13: 3, pp. 205-226.

Beasley-Murray Jon (2010), *Posthegemony*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

Bourdieu Pierre (1990), *In Other Words: In Praise of Reflexive Sociology*, Stanford, Stanford University Press.

_____ (1991), *Language and Symbolic Power*, Cambridge, Polity.

Butler Judith, Laclau Ernesto and Žižek Slavoj (2000), *Contingency, Hegemony, Universality: Contemporary Dialogues On The Left*, Verso, London.

Clough Patricia (2008), "The Affective Turn: Political Economy, Biomedica and Bodies", *Theory, Culture and Society*, 25: 1, pp. 1-22.

Day Richard (2005), *Gramsci is dead* Pluto Press, London.

Derbyshire Philip (2011), "Romanticism of the Multitude", *Radical Philosophy*, 169, <http://www.radicalphilosophy.com/web/romanticism-of-themultitude> (02/03/2013).

Elias Norbert (2000), *The Civilizing Process. Sociogenetic and Psychogenetic Investigations* (second revised edition), Oxford, Blackwell.

_____ (1991), *The Symbol Theory*, Sage, London.

Kalyvas Andreas (2005), "The Sovereign Weaver: Beyond the Camp", *Politics, Metaphysics, and Death: Essays on Giorgio Agamben*, ed. Norris Andrew, Duke, Duke University Press.

Laclau Ernesto and Mouffe Chantal (1985), *Hegemony and Socialist Strategy*, London, Verso.

Laclau Ernesto (2003), "Discourse and Jouissance: A Reply to Glynos and Stavrakakis", *Journal for Lacanian Studies* 1: 2, pp. 278-285.

_____ (2004), "Glimpsing the Future: A Reply", Laclau: A Critical Reader, ed. Critchley Simon and Marchart Oliver, Routledge, London.

Lash Scott (2007), "Power after Hegemony: Cultural Studies in Mutation?", *Theory, Culture and Society* 24: 3, pp. 55-78.

Lazzarato Maurizio (2012), *The Making of the Indebted Man*, New York, The MIT Press/Semiotexte.

Mouffe Chantal (1979), *Gramsci and Marxist Theory*, ed. London, Routledge.

_____ (1993), *The Return of the Political*, London, Verso.

_____ (2000), *The Democratic Paradox*, London, Verso.

_____ (2002), *Politics and Passions*, London, CSD Perspectives.

_____ (2005) *On the Political*, Routledge, London

_____ (2013), *Agonistics*, Verso, London.

Prenstoulis Marina and Thomassen Lasse (2012), "Political Theory at the Square: Protest, Representation and Subjectification", *Contemporary Political Theory, Advance Online Publication*, pp. 1-19.

Stavrakakis Yannis (2007), *The Lacanian Left*, Albany, SUNY Press.

_____ (2014), Hegemony or Post-hegemony? Discourse, Representation and the Revenge(s) of the Real, in Alexandros Kioupkiolis and Giorgos Katsambekis (ed.), *Radical Democracy and Collective Movements Today. The Biopolitics of the Multitude versus the Hegemony of the People*, Farnham, Asgate.

Thoburn Nicholas (2007), "Patterns of Production: Cultural Studies After Hegemony", *Theory, Culture and Society*, 24: 3, pp. 79-94.

Thrift Nigel (2008), *Non-representational Theory*, Routledge, London.